

Selección Antológica

HOMENAJE AL DÍA DEL IDIOMA



Gilberto Ávila Monguí

Selección Antológica

**HOMENAJE AL
DÍA DEL IDIOMA**

23 DE ABRIL DE 2015

Gilberto Ávila Monguí

HOMENAJE AL DÍA DEL IDIOMA

Gilberto Ávila Monguí

IMPRESO POR:

Parnaso Casa Editorial
parnasocasaeditorial@hotmail.com
Calle 15 N°.5-169
Tunja, Boyacá, Colombia
Abril de 2015.

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra,
por cualquier medio, sin autorización escrita del autor.

Gilberto Ávila Monguí

HOMENAJE AL DÍA DEL IDIOMA

23 DE ABRIL DE 2015

ACADEMIA BOYACENSE DE LA LENGUA

ACADEMIAS HISPANOAMERICANAS

	<u>Año de Fundación</u>
Real Academia Española	1713
Academias Colombianas	1871
Academias de Méjico, San Salvador y Ecuador	1875
Academia de Venezuela	1882
Academia de Chile	1885
Academia de Perú	1887
Academia de Guatemala y Honduras	1888
Academia de La Argentina	1910
Academia de Costa Rica	1922
Academia del Uruguay	1923
Academia de Cuba y Panamá	1926
Academia de Paraguay	1927
Academia de Nicaragua y Bolivia	1928
Academia de Santo Domingo	1932
Hay nuevas Academias de la lengua En Puerto Rico y las Filipinas.	

HOMENAJE AL DÍA DEL IDIOMA

23 DE ABRIL DE 2015

ACADEMIA BOYACENSE DE LA LENGUA
Junta Directiva

Gilberto Ávila Monguí
Presidente

Raúl Ospina Ospina
Vicepresidente

Gilberto Abril Rojas
Secretario

Javier Ocampo López
Veedor

Ana Gilma Buitrago de Muñoz
Tesorera

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	13
1. DON MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA	
2. SHAKESPEARE	
3. DON MARCO FIDEL SUÁREZ	
PRÓLOGO DEL QUIJOTE	23
PROSA Y POESÍA BOYACENSE	
1. PROSA CRÍTICA DE DON JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ ROJAS A LOS ESCRITOS DE BOLÍVAR.....	31
2. MI VALLE DE TENZA.	
Rafael Azula Barrera.....	35
3. BOYACÁ: PANORAMA GEOGRÁFICO Y HUMANO.	
Rafael Bernal Jiménez	41
4. PEDRO PASCASIO MARTÍNEZ.	
Mario H. Perico Ramírez	49
5. DEFENDAMOS LA RAZA INDÍGENA.	
Dr. Armando Solano.....	55

6. REMEMBRANZA DE LA VILLA DE LEYVA.	
Vicente Landínez Castro	59
7. TUNJA, ESCENARIO DE LA LIBERTAD	
Gonzalo Vargas Rubiano.....	65
8. TEOGONÍA CHIBCHA	
Enrique Medina Flórez	71
9. ESTUDIANDO.	
Joaquín González Camargo.....	75
BIBLIOGRAFÍA	77

PRESENTACIÓN

Siempre que tenemos un aniversario hay alegría, fiesta, regalos y banquete. Nuestro banquete es literario, es de acontecimientos importantes de nuestro mundo hispanoparlante, desde sus orígenes remotos, ungido de cultura universal hasta nuestros días.

Nos convoca la trilogía de almas conocedoras de los lugares más recónditos del corazón humano y han ofrecido al universo los partos mejor concebidos de la mente humana; ellos son:



Don Miguel de Cervantes Saavedra quien hace 468 años, nació en Alcalá de Henares (1547) y murió en Madrid el 23 de abril de 1616, hace 399 años. Su partida de bautismo dice que el domingo a 9 días del mes de octubre fue bautizado en su pueblo natal, hijo del médico Rodrigo y de Leonor de Cortinas, dama noble pero pobre. Como tal, el talento cervantino fue producto de penurias. Los pocos estudios en el Colegio de San José de Sevilla, para comenzar una vida agitada. A temprana edad tuvo un duelo. A los 23 años, fue paje en Roma. Más tarde soldado distinguido. A los 25 años pier-

de el brazo izquierdo en la batalla de Lepanto. De regreso lo venden como esclavo, duró 5 años. Después de estas vejaciones ensayó la poesía y escribió 40 comedias, con poca fortuna.

Como la vida no se detiene, se casa con una dama 18 años menor que él, se empleó de “provisionista” de La gran Armada, puesto que perdió por el fracaso de su empleador. Más tarde fue contador de Granada, este empleo lo llevó a la cárcel 3 meses por un desfalco inadvertido. Llegó a los 50 años y sintió su vida vacía, viejo, deteriorado, desencantado y desilusionado. Aunque sus años mozos llenos de fracasos, ahora se da cuenta de que tiene unos apuntes de la primera parte del Quijote, pero sucios, hechos dentro de su pobreza, amargura y desesperación. Los ofrece al público y los encuentra inconexos. Las pocas flores de ingenio las esparció sobre un paisaje extenso. No se dieron cuenta sus paisanos que hay obras demasiado perfectas para ser humanas y que el Quijote era demasiado humano para ser perfecto.

Cuando presentó el primer Quijote en 1605, ya corregido, Cervantes encuentra un cadáver frente a su casa, de nombre Gaspar Espeleta y fue detenido con su familia.

Como si lo anterior no le bastara, al iniciar la segunda parte de su Quijote, muy lento, a causa de su estado anímico, un impostor de apellido Avellaneda publicó una segunda parte, por lo cual Cervantes apuró su pluma para dar a luz la segunda parte de su magna obra que fue presentada en 1615 y los lectores la encontraron mejor que la primera. Lo cierto está en el golpe certero que dio a las obras de caballería.

Miremos una síntesis:

El protagonista es un hombre bueno, honrado y sano; lector incansable de novelas de caballería día y noche, hasta perder

el juicio y le vino a la mente, armarse caballero como tantos que había leído. Un buen día quiso salir a tener encuentros de caballería; pero le avisaron que primero tenía que armarse caballero para lo cual debía cumplir con las siguientes condiciones: tener un escudero, programar los propósitos, alistar las armas, tener su caballo y una dama de quien enamorarse, porque un caballero sin amores era como un cuerpo sin alma. Entonces don Quijote puso manos a la obra: buscó a su escudero, un vecino suyo, labrador, ignorante, pero sabio en cuestiones de la vida real, es Sancho Panza. Luego formula sus propósitos: ir por el mundo deshaciendo entuertos y sinrazones, satisfaciendo deudas, protegiendo viudas, huérfanos y desvalidos, finalmente quitar toda mala simiente de sobre la faz de la tierra. Buscó las armas en casa de los abuelos, las encontró oxidadas y viejas pero don Quijote las limpió, le colocó las celadas de cartón, en fin, se las arregló con su industria; Buscó su caballo y le puso el nombre de Rocinante, nombre que le pareció sonoro, luego encontró la dama de sus pensamientos, Aldonza Lorenzo, a quien bautizó como Dulcinea del Toboso.

Una vez cumplidas las condiciones para armarse Caballero, lo hizo a través de un ventero a quien convenció de que él tenía todas las condiciones para armarlo caballero, con todas las leyes y rituales de la andante caballería: veló las armas, presentó a su escudero, su caballo y la dama de sus pensamientos con quien compartir sus triunfos y fracasos. El ventero preparado para realizar los ritos de caballería: Le hizo velar las armas, presentó su escudero, su caballo y la dama de sus pensamientos. El ventero tomó el libro de los ritos de caballería, los leyó a don Quijote, le entregó su adarga, le dio el espaldarazo y quedó listo para cumplir sus propósitos.

Don Quijote y Sancho Panza siguen por el mundo quizá hasta la consumación de los siglos; sin poder cumplir los tres propósitos, que, en síntesis son las falencias de la humanidad.

1. Deshacer entuertos y sinrazones.
2. Satisfacer deudas, proteger viudas,
 desvalidos y huérfanos.
3. Quitar toda mala simiente de sobre la faz de
 la tierra.

Quien pueda cumplir aunque sea uno de estos propósitos, le harían estatuas en el mundo entero. Se ve clara la razón por la cual, el 23 de abril se eligió el día universal del Idioma, al confluir el fenecimiento de Cervantes, Shakespeare y nuestro coterráneo Marco Fidel Suárez quien nació en 1855 y murió el 3 de abril de 1927.

Se trata de tres representantes del pensamiento universal, e intérpretes de la humanidad.

Para dejar una idea somera de la obra de Cervantes, además del Quijote; las 12 novelas ejemplares de las que afirma que no hay una sola que no tenga un buen ejemplo. Son ellas: Las dos doncellas; Rinconete y cortadillo; El coloquio de los perros; El casamiento engañoso; El celoso extremeño; La ilustre fregona; La gitanilla; La española inglesa; El licenciado vidriera; La fuerza de la sangre, etc.

Y sus 40 comedias entre otras: Pedro Urdimalas, La Numancia, Los tratos de Argel, El rufián dichoso, Los baños de Argel, El juez de los divorcios, El viejo celoso, El retablo de las maravillas, etc. Con lo cual demuestra que no fue escaso al poético gusto y ejercicio. Con todo, soportó los vituperios de Lope de Vega.



De Shakespeare: (1564 – 1616) De esta figura extraordinaria de la lengua inglesa se ha dicho: comprender a Shakespeare es comprender al género humano y que su lenguaje parecía divino, siendo él demasiado humano; sus obras poéticas: Venus y Adonis; El rapto de Lucrecia, Fénix y Tirteo (relatos trágicos de amor).

Comedias: Los dos caballeros de Verona; Las alegres comadres de Windsor; Sueños de una noche de verano, entre las más famosas.

Tragedias: Julio César, Antonio y Cleopatra, Macbeth, Hamlet, Otelo, Romeo y Julieta.

Los críticos dicen que por sus profundos conocimientos del hombre fue contradictorio: patriota y pacifista; católi-

co y pagano; humanitario y misántropo; demócrata y monárquico... esto ocurre porque se introdujo en todas las mentes de los personajes y penetró en los antros más profundos del corazón humano, como gozó por los palacios del alma impoluta. Se comenta, que ha sido el único poeta clarividente quien ha descubierto las llagas del orbe: pesimista y alegre; revolucionario y cínico; filósofo, sublime y vehemente, como desabrochado y rústico.

Murió el mismo año en que murió Cervantes. Y aunque su nombre se olvidó durante mucho tiempo, sus obras no se perdieron para bien de la humanidad.

Lo anterior no quiere decir que son los únicos autores que tomamos para leer; pues sabemos que en este planeta hay millares de obras, las cuales guardan y enseñan el desarrollo y evolución integral humano, desde tiempos remotos. Sin embargo hay obras que se destacan por su proyección de ideales hacia el progreso permanente del mundo en equilibrio entre materia y espíritu, para lograr justipreciar la obra que leamos, desde los clásicos más ilustrativos hasta las obras más modernas de reconocimiento orbital.

Por Ej.: La Biblia; La Iliada y La Odisea, El Ramayama y el Mahabharata; Los 4 Vedas, Los 5 Kings; Los hermanos Karamasov, La Divina Comedia, La Eneida, Las Églogas, Las Bucólicas y las Geórgicas, Las vidas paralelas. Todos los premios Nobel, en fin los Clásicos de todos los tiempos y en especial la literatura hispanoamericana.

LEER ES LA CLAVE

Todos los días son tarde para empezar.

DON MARCO FIDEL SUÁREZ



Nació en Bello, Antioquia el 19 de abril de 1855 y bautizado el 21.

Murió en Bogotá el 3 de abril de 1927

De origen humilde, se educó en el seminario de Medellín, combinó los empleos modestos y trabajo asiduo sobre el Idioma. Sus escritos lo impulsaron a los altos cargos: Senador, representante, ministro, miembro de academias nacionales y extranjeras. Las normas cristianas fueron la

guía al paso por este mundo, eminente escritor Latinista, gramático y literato de altos quilates.

Su obra: **Sueños de Luciano Pulgar – 12 Vols.**

1. 14 Sueños: Ejs. El sueño del Quinquenio – El sueño del Ferrocarril- La enorme injusticia.
2. 14 Sueños: Sueños del Señor y Vasconcelos – Sueño del carbonero, Marceliano Vélez.
3. 14 Sueños: Sueño de la quimera, Sueño del sí y el no, Cartas publicadas en El Diario oficial.
4. 14 Sueños: El sueño de Nariño.- El sueño de la masonería – Antioquia conservadora.
5. 13 Sueños: El sueño del maestro – El sueño del obrero, If de Rudyard Kipling.
6. 12 Sueños: El sueño de Ayacucho, El sueño de Berruecos, Discurso ante la estatua de Murillo Toro.
7. 10 Sueños: El sueño de la inquisición, el Sueño de los Apaches, El Dr. Miguel Tobar y Serrate, etc., etc.

* * * * *

Estudios gramaticales.

- Origen de la gramática Moderna.
- Relación entre la idea y la palabra.
- Método analítico usado por Bello.
- Principios ortológicos y ortográficos.
- El verbo significado de los tiempos.
- Clasificación de las preposiciones.

Selección de escritos: Colección de J.J. Ortega Torres en 2 tomos:

- Don Bosco y su obra (discurso).
- Los castellanos en mi tierra (discurso).
- Cristóbal Colón.
- Oración a Jesucristo (discurso).
- Filosofía, antifilosófica.
- Las doctrinas sociales de Núñez.

Mago de la sencillez, casticidad y fluidez de estilo.

En síntesis *los Sueños de Luciano Pulgar* los empezó a publicar en 1922, son temas históricos, políticos, filosóficos, filológicos, literarios y religiosos. Aparecieron en 1927 en el periódico conservador *El Nuevo Tiempo*; hasta llegar a coleccionar 12 Vols.

PRÓLOGO DEL QUIJOTE

Desocupado lector, sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir á la orden de naturaleza; que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así, ¿qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados por otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu, son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento. Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna, y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas; antes las juzga por discreciones y lindezas y las cuenta á sus amigos por agudezas y donaires. Pero yo, que, aunque parezco padre, soy padraastro de don Quijote, no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte casi

con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones o disimules las faltas que en este mi hijo vieres, pues ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío como el más pintado, y estás en tu casa, donde eres señor della, como el rey de sus alcabalas, y sabes lo que comúnmente se dice, que debajo de mi manto, al rey mato. Todo lo cual te exenta y haced libre de todo respeto y obligación, y así, puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calunien por el mal ni te premien por el bien que dijeres della.

Sólo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornamento del prólogo, ni de la innumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse. Porque te sé decir que, aunque me costó algún trabajo componerla, ninguno tuve por mayor que hacer esta prefación que vas leyendo. Muchas veces tomé la pluma para escribilla, y muchas la dejé, por no saber lo que escribiría; y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diría, entró á deshora un amigo mío gracioso y bien entendido, el cual, viéndome tan imaginativo, me preguntó la causa, y, no encubriéndose-la yo, le dije que pensaba en el prólogo que había de hacer a la historia de don Quijote, y que me tenía de suerte, que ni quería hacerle, ni menos sacar á luz las hazañas de tan noble caballero. “Porque ¿cómo queréis vos que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo cuando vea que, al cabo de tantos años como ha que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora, con todos mis años áuestas, con una leyenda seca como un esparto, ajena de invención, menguada de estilo, pobre de concetos y falta de toda erudición y doctrina, sin acotaciones en las márgenes

nes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que está otros libros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platón y de toda la caterva de filósofos, que admiran á los creyentes, y tienen á sus autores por hombre leídos, eruditos y elocuentes? ¡Pues qué, cuando citan la Divina Escritura! No dirán sino que son unos Santos Tomases y otros doctores de la Iglesia; guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un renglón han pintado un enamorado distraído y en otro hacen un sermoncico cristiano, que es un contento y un regalo oírle ó leelle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo qué acotar en el margen, ni qué anotar en el fin, ni menos sé qué autores sigo en él, para ponerlos al principio, como hacen todos, por las letras del A B C, comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte y en Zoilo o Zeuxis, aunque fué maldiciente el uno y pintos el otro. También ha de carecer mi libro de sonetos al principio, á lo menos, de sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas ó poetas celebérrimos: aunque si yo los pidiese á dos ó tres oficiales amigos, yo sé que me los darían, y tales, que no les igualasen los de aquellos que tienen más nombre en nuestra España. En fin señor y amigo mío –proseguí-, yo determino que el señor don Quijote se quede sepultado en sus archivos en la Mancha, hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan; porque yo me hallo incapaz de remediarlas, por mi insuficiencia y pocas letras, y porque naturalmente soy poltrón y perezoso de andarme buscando autores que digan lo que yo me sé decir sin ellos.

De aquí nace la suspensión y elevamiento en que me hallastes: es bastante causa para ponerme en ella la que de mí habéis oído”.

Oyendo lo cual mi amigo, dándose una palmada en la frente y disparando en una larga risa, me dijo:

-Por Dios, hermano, que ahora me acabo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mucho tiempo que ha que os conozco, en el cual siempre os he tenido por discreto y prudente en todas vuestras acciones. Pero agora veo que estáis tan lejos de serlo como lo está el cielo de la tierra. ¿Cómo que es posible que cosas de tan poco momento y tan fáciles de remediar puedan tener fuerzas de suspender y absortarun ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho á romper y atropellar por otras dificultades mayores?

A la fe, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobre de pereza y penuria de discurso. ¿Queréis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento y veréis cómo en un abrir y cerrar de ojos confundo todas vuestras dificultades, y remedio todas las faltas que decís que os suspenden y acobardan para dejar de sacar á la luz del mundo la historia de vuestro famoso don Quijote, luz y espejo de toda la caballería andante.

-Decir-le repliqué yo, oyendo lo que me decía: ¿de qué modo pensáis llenar el vacío de mi temor y reducir á claridad el caos de mi confusión?

A lo cual él dijo:

-Lo primero en que reparáis de los sonetos, epigramas ó elogios que os faltan para el principio, y que sean de personajes graves y de título, se puede remediar en que vos mismo toméis algún trabajo en hacerlos, y después los podéis bautizar y poner el nombre que quisiéredes, ahijándolos al Preste Juan de las Indias ó al emperador de Trapisonda, de quien yo sé que hay noticia que fueron famosos poetas; y cuando no lo hayan sido y hubiese algunos pedantes y bachilleros

que por detrás os muerdan y murmuren desta verdad, no se os dé dos maravedís; porque ya que os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribistes.

En lo de citar en las márgenes los libros y autores de donde sacáredes las sentencias y dichos que pusiéredes en vuestra historia, no hay más sino hacer de manera que vengan á pelo algunas sentencias ó latines que vos sepáis de memoria, ó, á lo menos, que os cuesten poco trabajo el buscarlos, como será poner, tratando de libertad y cautiverio:

Non bene pro toto libertas venditur auro.

Y luego, en el margen, citar á Horacio, ó á quien lo dijo. Si tratáredes del poder de la muerte, acudir luego con

*Pallida mors aequo pulsat pede pauperum tabernas,
Rengumque turres.*

Si de la amistad y amor que Dios manda que se tenga al enemigo, entraros luego al punto por la Escritura Divida, que lo podéis hacer con tantico de curiosidad, y decir las palabras, por lo menos, del mismo Dios: *Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros*. Si tratáredes de malos pensamientos, acudid con el Evangelio: *De corde exeunt cogitationes malae*. Si de la inestabilidad de los amigos, ahí está Catón, que os dará su dístico.

*Donec eris felix, multos numerabis amicos,
Tempora si fuerint nubila, solus eris.*

Y con estos latinicos y otros tales os tendrán siquiera por gramático; que el serlo no es de poca honra y provecho el día de hoy.

En lo que toca al poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podéis hacer, desta manera: si nombráis algún gigante en vuestro libro, hacelde que sea el gigante Golías,

y con sólo esto, que os costará casi nada, tenéis una grande anotación, pues podéis poner”. *El gigante Golias ó Goliath. Fué un filisteo á quien el pastor David mató de una gran pedrada, en el valle del Terebinto, según se cuenta en el libro de los Reyes*, en el capítulo que vos halláredes que se escribe.

Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas y cosmógrafo, haced de modo como en vuestra historia se nombre el río Tajo, y veréis os luego con otra famosa anotación, poniendo: *El río Tajo fue así dicho por un rey de las Españas; tiene su nacimiento en tal lugar y muere en el mar Océano, besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinión que tiene las arenas de oro*, etc. Si tratáredes de ladrones, yo os daré la historia de Caco, que la sé de coro; si de mujeres ramera, ahí está el Obispo de Mondoñedo, que os prestará á Lamia, Laida y Flora, cuya anotación os dará gran crédito; si de crueles, Ovidio os entregará á Medea; si de encantadoras y hechiceras, Homero tiene á Calipso y Virgilio á Circe; si de capitanes valerosos, el mismo Julio César os prestará á sí mismo en sus *Comentarios*, y Plutarco os dará mil Alejandros. Si tratáredes de amores, con dos onzas que sepáis de la lengua toscana toparéis con León Hebreo, que os hincha las medidas. Y si no queréis andaros por tierras extrañas, en vuestra casa tenéis á Fonseca, *Del amor de Dios*, donde se cifra todo lo que vos y el más ingenioso acertare á desear en tal manera. En resolución, no hay más sino que vos procuréis nombrar estos nombres, ó tocar en la vuestra estas historias que aquí he dicho, y dejadme a mí el cargo de poner las anotaciones y acotaciones; que yo os voto á tal de llenaros las márgenes y de gastar cuatro pliegos en el fin de libro.

Vengamos ahora á la citación de los autores que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es por fácil, porque no habéis de hacer otra cosa que buscar un libro que los acote todos, desde la A hasta la Z, como vos decís. Pues ese mismo abecedario pondréis vos en vuestro libro; que, puesto que á la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teníades de aprovecharos dellos, no importa nada; y quizá alguno habrá tan simple que crea que de todos os habéis aprovechado en la simple sencilla historia vuestra; y cuando no sirva de otra cosa, por lo menos, servirá aquel largo catálogo de autores á dar de improviso autoridad al libro. Y más, que no habrá quien se ponga á averiguar si los seguistes ó no los seguistes, no yéndole nada en ello. Cuando más que, si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decís que le faltan, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Cicerón; ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la Astrología; ni le son de importancia las medidas geométricas, ni la confutación de los argumentos de quien se sirve la retórica; ni tiene para qué predicar á ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningún cristiano entendimiento. Sólo tiene que aprovecharse de la imitación en lo que fuere escribiendo; que cuando ella fuere más perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y pues esta vuestra escritura no mira á más que á deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay para que andéis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la Divina Escritura, fabulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de san-

tos; sino procurar que á la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oración y período sonoro y festivo, pintando, en todo lo que alcanzáredes y fuere posible, vuestra intención; dando á entender vuestros conceptos, sin intricarlos y escurecerlos. Procurad también que leyendo vuestra historia el melancólico se mueva á risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta á derribar la máquina mal fundada destos caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados muchos más; que si esto alcanzásedes, no habríades alcanzado poco.-

Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decía, y de tal manera se imprimieron en mí sus razones, que, sin ponerlas en disputa, las aprobé por buenas y de ellas mismas quise hacer este prólogo, en el cual verás, lector suave, la discreción de mi amigo, la buena ventura mía en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso don Quijote de la Mancha, de quien hay opinión por todos los habitantes del distrito del campo de Montiel que fue el más casto enamorado y el más valiente caballero que de muchos años á esta parte se vió en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte á conocer tan notable y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quién, á mi parecer, te doy cifradas todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas. Y con esto, Dios te dé salud, y á mí no olvide. VALE.

PROSA CRÍTICA DE DON JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ ROJAS A LOS ESCRITOS DE BOLÍVAR

El estilo de Bolívar es propio suyo, no imitado de original alguno, como no fueron imitaciones las luchas que encabezó; y diferente por esto de los escritos trabajados a la luz de la lámpara; dominan en él, como rasgos característicos, la viveza de la imagen con que reviste el pensamiento y la fuerza o la gracia de la frase con que lo enuncia. Si comparaba a sus soldados, lo hacía con los héroes de la edad media: *En menos de dos meses habéis terminado dos campañas, y habéis comenzado una tercera que empieza aquí y debe concluir en el país que me dio la vida. Vosotros, fieles republicanos, marcharéis a redimir la causa de la independencia colombiana como las Cruzadas libertaron a Jerusalén, cuna del Cristianismo. Marino es salvador de la Patria; Cedeño era el bravo de los bravos de Colombia, quien desesperado de no poder entrar en la batalla con toda su división por los obstáculos del terreno, dio contra una masa de infantería, y murió en medio*

de ella del modo heroico que merecía terminar la noble carrera del bravo de los bravos de Colombia.

Rivas es un general sobre quien la adversidad no puede nada; héroe de Niquitao y los Horcones, cuyo valor vivirá siempre en la memoria americana. Urdaneta el más constante y sereno oficial del ejército; Delhúyar, el intrépido vencedor de Monteverde en las trincheras; Campo Elías, pacificador del Tuy y libertador de Calabozo; y Villapol el bizarro coronel, que desriscado en Vijirima, contuso y desfallecido, no perdió nada de su valor que tanto contribuyó a la victoria de Araure. Y de estos y de los demás guerreros dice que no combatiendo por el poder; ni por la fortuna, ni aún por la gloria, títulos de libertadores de la república son sus dignos galardones. Declara en un decreto día nefasto el de la muerte de Girardot, joven héroe que hizo aciaga con su pérdida la batalla de Bárbula.

Ningún hombre en América en los tiempos antiguos ni modernos se vio elevado a mayor altura que Bolívar: la gloria del mismo Washington, con ser tan grande, aparece pálida si se compara con la del héroe colombiano: aquél disponía de copiosos elementos para labrar la independencia de la América del Norte; Bolívar debía libertar un territorio más vasto, y carecía de todo; pero la fortuna, que le fue contraria tantas veces, tenía la rara virtud de fortificar su ánimo, y al otro día de la más completa derrota formaba nuevo ejército como por encanto, y comparecía denodado al frente de su enemigo. Su presencia entusiasmaba al soldado; sabiendo que Bolívar era el jefe, los ciudadanos reposaban tranquilos. Su tránsito por las poblaciones era un triunfo; al saberse que se acercaba a una de ellas, las campanas se echaban a vuelo, alfombrábanse de flores los caminos, y las gentes salían a recibirlo procla-

mándolo, alborozadas, Padre de la Patria y Libertador de la República; los congresos le daban gracias, le tributaban honores 190 y lo invistieron muchas veces del tremendo poder de la dictadura. La poesía contaba sus triunfos y la historia se preparaba a gravar su nombre en las tablas del templo de la memoria con el buril incorporable que hace resplandecer cuanto toca. La elocuencia de su palabra que era necesaria para sacudir corazones inertes con el hielo de una esclavitud de siglos, llevar los pueblos al combate, vencer y fundar una Patria.

El corazón de Colombia, ensanchándose, palpitaba de gozo; sus brazos se abrían para estrechar en ellos a ser hijo predilecto, y sus manos se alzan para cobrar en su frente las coronas debidas al vencedor. Detrás del héroe reverberaba el esplendor de la gloria. Las banderas acribilladas a balazos que habían llevado a la pelea, le formaban dosel; los que lo contemplaban creían oír resonar los nombres de las grandes batallas: Araure, Boyacá, Junín... Ese hombre extraordinario que estaba allí de pie, había corrido de victoria en victoria desde las orillas del Orinoco a las cimas Argentinas del Potosí, y la espada que le pendía el lado era la misma con que había roto las cadenas de cinco millones de esclavos y fundado tres naciones; ese hombre era a modo de los caballeros de las antiguas leyendas, vaciado en el molde de César y Napoleón por el ingenio y el valor, y más grande por la virtud que los Godofredos, los Bayardos y los Turenas de otras edades. El sentimiento que despertaba era extremo: el amor de los suyos corría parejas con el odio que le profesaban sus enemigos; aquél rayaba en el frenesí, éste iba hasta intentar el asesinato; su nombre era escudo para los buenos, infundía terror en los malos y se invocaba como talismán sagrado en los peli-

gros de la patria. El remate de su magna empresa, como dije ya, no se debió únicamente a la fuerza de su espada, pues por mucho debe contarse el poder de su palabra. Fue así en efecto: y para convencerse de ello bastará saber que en tiempo de la guerra era un crimen digno del cadalso el poseer alguna de las proclamas de Bolívar, y conocer el recurso a que apelaban los patriotas para comunicárselas.

José Joaquín Ortiz Rojas

Tunja, Boyacá, Colombia 1814 - 1892 Bogotá

MI VALLE DE TENZA

Mi pueblo natal, como en los retablos de Azorín, blanquea entre sus árboles sobre una colina —cimera primorosa de un valle—, azotada por vientos que traen el aroma de los vecinos huertos en flor o son heraldos de tormenta. En los días de mi niñez era preciso descender a las vegas por sendas, a trechos empedradas, custodiadas por tupidos naranjos, copiosos limoneros, chirimoyos en sazón, y suntuosos platanares de lustrosas banderas, amén de otras maravillas vegetales distinguidas con nombres pintorescos de inusitado encanto.

En las laderas, en forma escalonada, se apiñaban las casitas parduzcas o enseñaban su embeleso los lucientes tejados de donde ascendía el humo de las chimeneas a perderse en el valle. El aire tibio y perfumado por el azahar, bajo un cielo profundo de puro claro, incitaba a la canción y al ensueño. Abajo el río indefectible, de aguas mansas y limpias, dibujaba su eterna fábula. Una encina virgiliana, centenaria y hermosa, hundía sus raíces en la playa, como otros tantos brazos que se retorcían en la arena, rudos y vigilantes, para mantener el ejercicio de las aguas dentro de la disciplina del cauce. Junto a su pedestal, calcinado por las fogatas

que prendieron tantas caravanas de veraneantes en alegres convites, eché a volar muchas veces mi fantasía y, como fui desde la infancia un barresiano instintivo, empecé a amar sobre la tierra genitora la teoría de un nacionalismo integral afianzada en la atracción del suelo materno y en su tradición melodiosa.

Hace mucho no visito esos sitios, tan tenazmente ennoblecidos por antiguos recuerdos que, para mí, guardan el encanto de emociones inexpresables. Es seguro que hayan variado muchas cosas que viven porfiadamente en la imaginación y que ahora procuro reconstruir sobre estas páginas de estricto pudor lírico. Una leve sugestión anecdótica vuela sobre el paisaje colmándolo de una secreta poesía. Y es porque el drama de mi vida se confunde, en sus comienzos, con la existencia elemental de las criaturas vegetales que vi por vez primera, con los muros añosos de mansiones humildes, con las calles tiradas a cordel y con el espectáculo de los nativos horizontes. Al evocar, en medio de los años, aquel escenario primitivo, donde se movió mi adolescencia, experimento cierta nostalgia aborascada de naufrago que, arrojado a la playa después de inenarrable tormenta, refiere a las primeras gentes curiosas el origen de su odisea, como un Ulises tempranamente enriquecido por amarga experiencia.

Lleva mi pueblo un nombre indígena que, traducido a buen romance, significa “rey de los vientos”. Allí se dan cita, en efecto, las corrientes aéreas que embravecen, muchas veces, la atmósfera hasta hacerla implacable. En días de borrasca el cielo adquiere un color fiero, los árboles se balancean despojándose de hojas y flores que se arremolinan en los caminos solitarios mientras las primeras gotas de lluvia abrillantan los campos. El paisaje se va hundiendo

lentamente en la bruma, como si la naturaleza desapareciera toda de pronto, y no quedara en pie sino nuestro turbado corazón levantando su pequeño mundo de angustia en la soledad del ambiente. Cuando la tormenta decrece, un sol pálido va brillando entre el agua restableciendo la perspectiva de las cosas que parecen más vivas y armoniosas que antes. Del suelo mojado asciende un aroma de helechos, de herbazal maduro, de musgos, de flores devastadas, pagano y penetrante. Es todo un universo que renueva su encanto. Si miramos a las colinas húmedas, donde se evapora la niebla, hay una impresión de cosa nueva, de vegetación recién nacida, ágil y suspirante. De su génesis de dolor va surgiendo limpia la tierra como en la primera mañana del mundo.

No recuerdo amaneceres más hermosos que los de mi tierra nativa. El vasto silencio de prima noche empieza a ser turbado por las primeras voces del alba. Las estrellas palidecen, cambiando su oro vivo por una fina luz que, lentamente, va confundiéndose con el azul, cada vez más tenue del cielo, hasta desaparecer totalmente diluyéndose en la infinita claridad de la atmósfera. El canto de los gallos viene, primeramente, como de un concierto lejano, haciéndose más intenso y profundo a medida que la aurora empieza a delinear las colinas y a instalar el rocío sobre los prados. Las nubes, atravesadas por la espada del sol, se desangran en los collados, volcando su sangrienta iluminación sobre las flores campesinas y ayudando a la madurez de la fruta. Un vuelo de campanas inunda el valle de sonidos poniendo en movimiento todo el alborozo doméstico. Y en el renacimiento universal de las cosas se torna más nítido el gorjeo de los pájaros, cuyo hechizo melódico sale de las ramas de los naranjales en flor, junto con el perfume que el hermoso arbusto propaga, llenando de olor la modesta planta

rastrera, pasando por el cañaveral sonoro, hasta la copa de la encina o el penacho, casi inaccesible, de árboles que parecen ascender al límite de las nubes para sostener la tienda del día.

No sé si la circunstancia generosa de haber saltado a la vida en aquellas tierras soleadas o la de haber luego recibido en sus lindes emociones eternas, que no sepulta el tiempo, sean motivos lo bastante poderosos y fuertes para que la evocación de los paisajes amados agite las raíces del alma, hasta el punto de determinar la formación de un juicio que me clave, como una espina, el pensamiento de que belleza igual, sitio semejante, conjunto humano más digno de alabanzas sólo podría encontrarse, bajo la malla impalpable de vocablos dorados, en la leyenda o en el canto. Porque el Valle de Tenza, que así se nombra mi comarca de origen, escapa, sin duda, al paralelo. La región es todo un pesebre navideño, aliviado de ríos y coronado de cumbres y de torres. Propiamente hablando, lo que allí existe son colinas y vegas, bañadas por aguas abundantes, donde la naturaleza volcó todos sus dones. Árboles frutales que embalsaman el aire; casas pajizas y risueñas a cuyo lado prosperan las labranzas; trapiches gemidores; humo de los hogares que no empaña la opulencia celeste; cantares aldeanos; repiques de campanas que descienden de la cúpula de los templos a morir entre el rumor del cañaveral resonante; caminos pintorescos, labrados por la pesuña de las bestias, y perdidos a trechos, entre la vegetación excesiva de las orillas como si se hundieran de pronto; elocuencia de pájaros diversos; fieles animales domésticos; gentes de rostros sin fatiga, en quienes el ánfora del corazón mana a raudales la bondad sin vaciarse, todo en esos campos contribuye a la magnificencia de la vida, a la primavera constante que mereciera

haber sido idealizado por Botticelli, si la propia naturaleza no fuera un cuadro vivo, superior a las interpretaciones pictóricas, que mantiene las líneas de la creación con la pureza estética que no conseguiría el pincel más ambicioso trasladar al mundo del arte.

Tierra predestinada para el canto, todo es allí instintivamente armónico. Intérnase el viajero en una de esas tardes en que el cielo, mudable de color, despliega apenas dos o tres nubecillas ágiles en la transparencia del día. A poco de andar, y escoltando la senda pedregosa, encontrará diez, cien, mil árboles casi exhaustos por la abundancia de frutos, verá fuentes parleras, tropezará con las alegres caravanas de campesinos, bien apuestos y fuertes conduciendo alguna de las cosechas del año a los mercados próximos. Los poblados distan unos de otros cortísimas jornadas. Sin esfuerzo pueden divisarse, todos ellos, tirados al azar, desde los alcores que dominan el valle.

Rafael Azula Barrera

Guateque, Boyacá, Colombia, 1912

BOYACÁ: PANORAMA GEOGRÁFICO Y HUMANO

Paisajes.

Existe en el interior de Colombia una comarca desconocida casi por los habitantes del resto del país. Su extensión es vasta, sus tierras acogedoras, sus climas variados, sus cielos opacos o brillantes según el caprichoso discurrir de las estaciones.

Extiéndese sobre el zócalo oriental de la cordillera andina y va deslizándose por los lados del poniente hasta tocar las espesas aguas del Magdalena y las torrentosas del Suárez. Tórnase ondulada y veleidosa hacia el oriente antes de descender sobre la ilímite llanura de Arauca y Casanare y agúzase como punta de lanza en las resplandecientes cumbres nórdicas de la Sierra Nevada de Güicán. Esa comarca es Boyacá.

El hombre del occidente colombiano suele abrigar arraigados prejuicios sobre esta tierra generosa y aún más sobre sus moradores. Pero cuando aquél por curiosidad mercantil o turística encuentra la ocasión de penetrar en suelos boyacenses, el prejuicio se desvanece, como una

nube de artilugio, para dar lugar a la visión real y encantadora.

Porque si existe un retazo del país en donde la vista encuentre una más plácida visión de la naturaleza, ése es el paisaje boyacense. Aquí las vertientes de la cordillera donde unas veces ondulan trigales dorados y otras pacen los blancos rebaños de ovejas y de cabras; más allá el gélido silencio de los páramos por cuyo seno cruzan ríos transparentes; los frailejones que simulan largos desfiles de monjes arrebujaados en grises estameñas; las aristas de una roca que empieza en el lecho del fontanar y va creciendo hasta convertirse en empinados farallones; las cañadas umbrías que parten con tajos de húmeda verdura las montañas; los pequeños bosques humildes de arrayanes que se recuestan sobre las colinas silenciosas; los amplios bosques llenos de sonidos de aves y de oquedades de misterio.

Pero aquello que, acaso, caracteriza el paisaje cordillera-no de Boyacá son sus valles interiores: Los del Occidente y los de Tundama; los de Sotaquirá y Sogamoso. Presentan ellos a la vista los más amables panoramas y al trabajo del hombre las más fértiles ofrendas; rodeándolos colinas acariciadoras donde los huertos de manzanos, ciruelos y perales evocan el perfumado recuerdo de la Normandía.

Bajo bosques de alisos las vacadas rumian perezosamente. Las praderas se alternan con los sembradíos; el balar de los rebaños con el rumor de los maizales; la flauta del pastor con el grito del boyero. Es la perfecta égloga, tal como la describiera la musa virgiliana.

Otro escenario se abrirá al caer sobre las bajas estribaciones del Oriente. Allí la sucesión de montañas de un ver-

de tierno y frondoso. Sobre sus faldas tendida la colcha multicolor de infinitas parcelas de labranza. El impropia-mente llamado Valle de Tenza. Ríos de aguas inquietas correteando por escondidos cauces de rocas y boscajes; tienen ellos nombres sonoros como sus vertientes; se llaman el Súnuba y el Garagoa. Un aire tibio hace balancear las grandes hojas de los platanales; los senderos se esconden entre huertos de naranjas y chirimoyas. Al anochecer sobre los cerros se iluminan las luces de toda una teoría de poblados circundantes; al amanecer una multitud de gallos canta desde corrales invisibles.

Pero, acaso, ¿la mayor parte de los colombianos tiene noticia de ciertos bellos parajes boyacenses donde parece que se haya refugiado el espíritu de la época colonial y que guarda ese entrañable sabor de casticidad y de místico romanticismo que ya va desapareciendo del resto del país? Un día marchaba a caballo por esa deliciosa explanada de la Villa de Leyva circundada de grises olivares y de cerros de color metálico, como las montañas de Delfos, cuando tropecé con una vetusta edificación de piedra; se destacaba su masa de noble arquitectura monacal sobre una llanura desértica donde cardos gigantes alternaban con pedruscos informes de granito. De la blanca espadaña pendía una campana de bronce. En el interior un gran patio claustrado por inmensas arcadas de piedra. Por todo habitante un viejo anacoreta. ¿Cuántos colombianos saben de la existencia de Santo Ecce Homo y han sentido la extraña elación de pasear por sus claustros solitarios?

Pero es posible que algunos de los curiosos visitantes de Belencito hayan prolongado su excursión hasta Monguí y tenido oportunidad de admirar uno de los más auténticos monumentos del arte colonial: la iglesia y convento ad-

yacente y dentro de aquella la preciosa pinacoteca donde se pueden apreciar algunas de las más notables obras de Vásquez Ceballos, y el retablo de la Madona, imagen renacentista de singular encanto.

Otros sitios conservan aún la memoria de castellanos abo-lengos. Las grandes casonas solariegas con sus cuadras circuidas de altas tapias embandadas; los blancos portallones cuyas hojas se cierran tras el paso de las caballerías; los amplios cobertizos; las “pesebreras” olorosas a forrajes triturados. Allí está aun lo que queda de esas que fueron mansiones de los marqueses de Surba y Bonza de esotras habitadas por los hidalgos del Salitre, donde se nutrieron de campo y poesía la niñez de José Joaquín Ortiz y pasara la noche del Pantano de Vargas el Libertador Bolívar.

Como si fuese poco, todo cuanto enmarca la vida del pueblo boyacense, la naturaleza consumó su obra ofreciéndole también lo que ha hecho de Suiza el más bello país del continente europeo: los lagos y las cumbres nevadas. Estas son montañas que se elevan sobre los 5.000 metros. También un día trepé hasta sus más altas cimas; quería conocer las afinidades de su estructura con las de los Alpes, que tanto recorriera en otras épocas. Se me había alarmado con los peligros de su piso agrietado e inseguro. Las bajas escalas de los Alpes lo tienen igualmente. Es preciso subir hasta donde el declive se suaviza. Allí la nieve se hace más blanda; las grietas desaparecen; todo invita a ensayar el sky o el tobogán. El paisaje es resplandeciente y abrumador por su grandeza.

No lo es menos el de los lagos, Fúquene y Tota serían sitios del más intenso turismo en Suiza o en Italia. Pero Tota es un espejo más limpio. Sus aguas son tan puras que

en cualquier parte se puede beber de ellas. Las algas acuáticas de la profundidad parecen emerger hasta el alcance de las manos; ¡tan transparente es la masa de este maravilloso cristal de más de ochenta kilómetros de superficie! En los mediodías despejados, sobre la tersura de las aguas se escalonan infinitas franjas de color que desde el azul profundo hasta el lila y el violeta, recorren la más extraordinaria gama de matices. Jamás pintor alguno logrará captar tan enloquecedora y sutil policromía. Y cuando la tarde cae y sopla el viento del sur, la plata del crepúsculo se rompe violentamente en las ondas erizadas, y lo que antes fuese tranquila transparencia se torna amenazante piélago, a la manera de aquellos que surcara la nave de Odiseo.

También guarda este lago magnífico, recodos y playas de leyenda, grutas fantásticas que semejan, unas, dorso de extraños cetáceos gigantescos y otras montañas resplandecientes donde el oro de los trigales maduros emerge sobre los azules circundantes.

Nada tiene que envidiar esta joya de la naturaleza colombiana a los más hermosos lagos helvéticos. Estos, más conocidos y apreciados, ofrecen toda clase de comodidades al viajero. Sobre sus riberas se tienden encantadoras ciudades, confortables hoteles y balnearios. Tota, en cambio, guarda para el curioso de sus maravillas, paisajes soleados, agrestes alisales, claras colinas donde triscan los balantes rebaños.

Todo ello es el paisaje boyacense; y mucho más que eso, porque a todo lo largo de sus vertientes orientales, donde se pierden los lindes de sus más apartados caseríos, se inicia la inmensidad de llanura; es todo un océano vegetal de florestas y praderas, hacia el cual no se han abierto aún

suficientes rutas de acceso. Respuestas de la desolación que sobre ellas tendió la ola de la pasada barbarie, esas pampas extensísimas serán la reserva de la mayor riqueza ganadera del país; sobre ellas ha de verse en no lejano día el excedente de la población colombiana, ya bastante denso en las mesetas interiores del país.

Un Pueblo Ignorado.

Convergiéron en la constitución del pueblo boyacense factores provenientes de diversas vertientes étnicas, entre las cuales las dominantes fueron la chibcha y la ibérica, de severa estirpe castellana ésta. Mezclaron ellas sus sangres, confundieron sus formas de cultura. El pueblo boyacense es en un ochenta por ciento, producto de este mestizaje étnico y cultural. Aquello que quedó sin mezcla fueron núcleos aborígenes que aún conservan pura su sangre en algunas regiones principalmente adyacentes a la Cordillera Nevada o grupos hispánicos diseminados aquí y allá al azar de la aventura expedicionaria.

No llegó hasta Boyacá la corriente de sangre africana, como tampoco había llegado en épocas prehistóricas la interferencia bárbara de la incursión caribe. Ahora bien: es un hecho reconocido que el pueblo chibcha era la porción culturalmente más avanzada de los conglomerados aborígenes de esta Nueva Granada; presentaba ella formas dinásticas de gobierno, una civilización sedentaria que había abandonado hacía mucho tiempo la horda trashumante, una religión en vía de evolución monoteísta; sus técnicas del tejido, de la cerámica y de la orfebrería se hallaban a la altura de las más avanzadas entre los pueblos de estas regiones.

Más significativo es aún el que el núcleo chibcha del hoy Departamento de Boyacá, demostraba sobre los demás, en momentos de la conquista, signos de una superioridad inequívoca. Sus ejércitos, en guerra defensiva, habían batido a los invasores del Zipa Nemequene. Las huestes del Tundama fueron las únicas que en el interior del país opusieron vigorosa resistencia a los conquistadores ibéricos. En tierras de Boyacá se había localizado la sede religiosa del Imperio. También de aquellas tierras había salido la legendaria figura del Sadigua, después llamado Bochica, evangelizador, moralista, civilizador, semejante a aquel Viracocha de los primitivos incaicos y a aquél otro Kon-Tiki polinesio que nos ha descubierto la aventura reciente de Heyerdahl, el noruego.

Interesa todo esto —configuración geográfica y raíces étnicas— para intentar comprender el carácter de este pueblo tan incomprendido como subestimado por el resto de los colombianos.

Rafael Bernal Jiménez
Paipa, Boyacá, Colombia

PEDRO PASCASIO MARTÍNEZ

Un niño héroe.

Betétiva y Belén, dos poblaciones boyacenses casi “en fogón”, ocupan en la geografía de este departamento apenas un puñado de tierra. Betétiva, encaramada en unos riscos chamuscados de sol, se mantiene a trasmano de todo contacto. Aborigen de nombre y tradición, trata y destrata con el viento, que por las cuatro esquinas de su plaza, chismorrea y mortifica.

Belén, oronda y plácida se sienta en la mitad de un valle donde el aliso y el sauce se reparten por igual la heredad del campo. Allí, manchego y castizo, luce su perfil de estampa. Sus linderos se topan con otros municipios a la vuelta de la loma o en el centro de una quebrada casquivana, que del páramo se escurre remisa y fría. Así, cuenta con vecinas y comadres que envejecen con ella. Cerinza y Tutazá, sin nombrar a Betétiva.

Con esta última la historia ha vinculado al héroe estrechamente. Casi todos los primeros pobladores de Belén tuvieron sus orígenes betoyanos. El río Minas sirve de frontera a dos de sus veredas colindantes, Otengá y El

Rincón. En este retazo de patria, en una casuca pordiosera y fea, nació Pedro Pascasio Martínez, a quien Colombia le debe desde hace mucho el título de Don.

El héroe, el santo y el poeta, constituyen la partida de nacimiento de un pueblo. Pero hay héroes de héroes. Pedro Pascasio es de los que ocupan puesto entre los penúltimos. Conocido a medias, ha tenido la fuerza de voluntad de permanecer entre telones. Dos nombres corrientes y un apellido común, difícilmente hacen historia. Campesino hasta los tuétanos, vivió y murió pendiente de la tierra. De soldado a sargento, cumplió un destino sin jerarquías ni medallas. Es el auténtico representante del héroe desconocido. Los historiadores no lo han podido vestir de paño; quizá por eso ha permanecido siempre a la retaguardia de la retórica.

Su juventud puede escribirse en borrador. De la estancia a la escuela, y de ésta al caserón de la familia Leiva en calidad de hombre orquesta, forma un solo cuerpo. Criado, pinche y mandadero es, en una palabra que todos estos servicios define: concertado. Lo vemos de mañana, pata al suelo y rejo en la mano, tiritando y mohíno, cubierto con una ruanuca deshilachada y sucia, camino de la cuadra. El amo le ordenó anoche, después de las vísperas y del rosario, que madrugara a traer el “Zaino”. En pelo regresa al puebluco. Tras de almohazarlo, sacude el sudadero y coloca la silla. Lustra con la punta de la manga el estribo de cobre. Y lo deja sin ponerle las riendas, amarrado al botalón de la pesebrera, hasta ir en tantico a avisarle al patrón que ya está listo. Luego hay que cargar el agua. La cocinera desde el portón lo reclama a gritos. Desmechada, le entrega el botijón robusto. Pedro Pascasio lo llena y el agua lo entretiene con su runrún devoto. Regresa enca-

lambrado a tomar entre soplo y sorbo, la jícara humeante. En estas, la señora le ordena que lleve un recado a la vecina o al cura o al tendero. Dan las ocho y el pobre Pedro Pascasio todavía contesta los latines y las avemarías de la oración en común.

Al fin, en su cuartucho cae rendido, sin apagar la vela. Y esto todos los días.

Bolívar venía de Socha. Un poco más aliviado de sus trabajos y penurias, se detuvo en Belén. La casa de la familia Leiva era la mejor y más confortable, y allí se hospedó. Pedro Pascasio, entre tímido y comedido, posiblemente redobló sus afanes para atender con diligencia las necesidades del Libertador. A éste le debieron caer en gracia las múltiples habilidades del mocetón. Y sin más, lo convidó a formar parte de su estado menor. De ordenanza y criado se afilió irrevocablemente Pedro Pascasio al séquito de Bolívar. Con cuánta felicidad, mosquetón al hombro, se despediría de sus antiguos patrones. No más zurear por el pueblo de mandadero y peón. No más acarrear leña, ni picar alfalfa con el machete romo. No más escoltar a la señora, cargado de banquito y almohadón, a los interminables viacrucis. No más Pedro por acá, ni Pedro por allá. La patria lo salvaba de quedar convertido, para siempre, en un semoviente con sombrero de tapia.

Se supone que recibió su bautismo de fuego en el Pantano de Vargas. Testigo sin quererlo de las angustias de Bolívar; de sus arrebatos cuando la victoria se le escapaba; de sus gritos ordenando que le ensillaran el “Palomo” como último recurso, para ponerse al frente de las tropas y evitar el fracaso. Fue un convidado de piedra ante las hazañas de Rondón, que a punta de lanza, bayetón y espuela, convirtió la derrota en un triunfo épico.

Marchas van, marchas vienen. Pedro Pascasio sigue fiel y firme a la sombra de su nuevo amo. Nadie como él pudo darse cuenta de los preparativos de la gran batalla. Cuánta historia menuda tuvo oportunidad de conocer.

Cuántos malos humores y malos tratos soportaría con paciencia en esos días, cuando la inminencia del miedo y del peligro, cambia al pausado en nervioso, y a éste en colérico. Junto al Genio si no aprendió, al menos barruntó que la intuición y la audacia son fuerzas formidables. Es posible que lo mirara de cerca, y viera cómo la mano, en impaciencia progresiva subrayaba con el ademán y el golpe la tozudez de sus subordinados.

En la madrugada de la Batalla de Boyacá ya estaba en pie. El trabuco se lo habían cambiado por una lanza. Con ella junto, se ajustaba las alpargatas y se terciaba la ruana. El combate había comenzado. Un soldado jamás puede relatar las peripecias generales; asiste a un drama, pero es al suyo propio. Interviene en un espectáculo como víctima, ni siquiera como actor. Si Pedro Pascasio hubiera escrito sus memorias, y aún después de aprender a leer y escribir se conservara sincero, seguramente comentaría sus hechos, sin preocuparse de montar una tribuna para explicar el plan de ataque o de contraataque. Luchó, corrió, se escondió, ¿maldijo en silencio o a voz en cuello? Eso no lo sabemos. Sabemos, porque así lo cuenta la historia, que entrada la noche, cuando la batalla había terminado, y el español desbaratado huía, que Pedro Pascasio en compañía de un negro fornido y guapetón, recorría el monte, lejos de las avanzadas, en busca de algo o de alguien.

¿Por qué estaba allí donde no debía estar? Las palabras de ira contenida del mismo Bolívar, cuando se dio cuenta de que su tienda de campaña estaba sola, nos ponen a

meditar sobre este asunto aparentemente sin importancia. ¿»Dónde está Pedro? ¿Qué se hizo?».

Pedro, con el negro José, husmeaba entre los rastros y matorrales. Armado de un lanzón prehistórico, hurgaba aquí, apaleaba allí. En la noche los dos hombres sembraban un par de ánimas en pena. No se cruzaban palabra. Un pensamiento fijo los unía: encontrar lo que buscaban. Los instintos casi animales del mestizo y del mulato se confundían en un jadeo torvo. Un murmullo los hizo detenerse en seco. Se miraron mecánicamente. El pelo lacio, cetrino, se acercó a la pelambre lanosa. Querían confirmar sus sospechas y hablaban bajo.

“Allí”, dijo el negro, “debajo de esas piedras. Entre esas upas y zarzas”. Encorvados y conteniendo el aliento, se acercaron al sitio de donde parecía que había salido el ruido.

El pegujal andino lo aguardaba. La guerra no le mermó fuerzas. El barbecho lo vio de la mañana a la tarde pisar seguro, sin achajuanarse por las ingratitudes de los hombres ni veleidades de la naturaleza. Lo que Dios da, bendito está. En el patizuelo de su rancho, la ruda y la altamisa reemplazaron al morral.

Contrajo matrimonio. Una hija, María, voluminosa y sorda, logró, luego de muchos expedientes, que el gobierno le asignara una pequeña pensión. Murió vieja e ignorante. Nunca supo que su padre fue un héroe que gustaba de conversar en la noche con un negro que se llamaba José.

Mario H. Perico Ramírez.

Tunja, Boyacá, Colombia 1927.

DEFENDAMOS LA RAZA INDÍGENA

Muchas veces he soñado con escribir algún día el libro de Boyacá. No sería un libro atiborrado con números ni con datos muertos. No sería tampoco un libro que recordara las glorias conquistadas por esa comarca para la República.

Más bien pudiera asemejarse a un itinerario sentimental: a una guía del corazón, para el uso exclusivo de los hijos de Boyacá. Por sus páginas pasarían encorvados y macilentos, silenciosos y torvos, esos príncipes desposeídos, que llevan sobre sus hombros un manto tejido de lana sin teñir, y que desdeñosos y altivos en lo profundo de su alma, se ocultan en refugios ignorados, sin contacto con los asesinos de los magnos caciques y de los Sumos Sacerdotes. Allí se escucharía, rítmico y sollozante, invitando a una triste voluptuosidad el susurro de los maizales mecidos por el viento.

De la tinta con que esas hojas fueran escritas, se desprendería el aroma tónico y fuerte que flota en las mañanas campesinas, cuando cae la leche humeante en los cántaros

de loza de Ráquira. Y cubriría con su rugido eterno aquel canto encendido de fervoroso amor, el oleaje lento y amenazante de la laguna de Tota.

Aún en las regiones menos maternas, aún en aquellas cubiertas por el hielo durante largos meses, el trabajo del campo goza de un atractivo subyugador. No podemos evocarlo sin la íntima emoción sedante, fresca, de pureza y franca sencillez. Llega a nuestros oídos la onda sonora de los cantos con que acompañan los segadores su tarea simbólica, y a la luz desfalleciente la silueta de los sembradores se alza como un emblema de la santa y feliz simplicidad. ¿Por qué no hemos de ser capaces de llevar la alegría a nuestras praderas, donde suspira un pueblo tímido que le atribuye al cielo su desventura? ¿Por qué no ha de volver al cortijo la abundancia, nodriza de la buena intención? Es cierto que pesan ya sobre nosotros, acerbos problemas sociales que la incompetencia dejó delinarse y cristalizar. Pero, a pesar de ciertos ridículos alardes cosmopolitas, de ciertas veleidades financieras, somos una tribu pastoril que moriría si se apartara del suelo como fuente de su riqueza y de su bienestar. Si quisiéramos repoblar el campo y cultivarlo sin protervos egoísmos, la fortuna coronaría ese anhelo.

No hay sino un camino para acuñar en realidad tal aspiración: iniciar la defensa, es decir, la protección, la conservación y la glorificación de la raza indígena, que se empobrece, decae y desaparece a ojos vistas, en medio de una indiferencia censurable, que revela el desconocimiento de nuestro pasado, de nuestro presente y de nuestro futuro. Nada habla peor de nuestra fatua superficialidad que el concepto despectivo del indio, que ostentamos, y vanidad fincada en afirmar que no llevamos en las venas sangre in-

dia. Al revés de lo que pasa en todos los pueblos del orbe, renegamos de nuestros orígenes, no queremos tener tradiciones, preferimos llamarnos hijos del guerrero que despojó a nuestros padres y tomó posesión violenta, sin otro título que la fuerza, del suelo que les pertenecía, a proclamarnos con orgullo descendientes de la raza desposeída, propietaria legítima, y que defendió con heroicidad la tierra en donde hemos debido nacer libres y llevar una vida feliz. En los Estados Unidos del Norte, donde se lleva a cabo una labor inteligente, costosa y tenaz para amparar a los indios; donde se han levantado monumentos soberbios para eternizar la memoria de la raza madre, y se procura con todos los modernos recursos librar de la extinción lo que resta de ella, no hay, en las altas esferas de la plutocracia y de la intelectualidad, título más honroso que el de una comprobada ascendencia indígena. Yo mismo tuve ocasión reciente de conocer en Panamá una bella dama de la aristocracia yanqui, esposa de un alto funcionario de la zona del canal, que no cabía en sí de radiante satisfacción cada vez que lograba hablar de sus abuelos pielroja. Y eso es natural. Si convenimos en que somos un país distinto de los otros, nítidamente individualizado y deseoso de acentuar con vigor sus rasgos fisonómicos. Si creemos poseer cualidades, virtudes, inclinaciones que hacen de nuestro tipo social algo digno de existencia, de supervivencia y de progreso, nada menos concomitante que las actitudes de donde se desprenda la vergüenza insensata de nuestra genealogía. Porque somos indios y no simplemente europeos degenerados por el medio tórrido; porque en nosotros circula sangre de los incas y de los caciques que crearon y desarrollaron una fastuosa civilización, rica y moral, regida por sabias leyes; una civilización artística, dentro de la cual el ardor bélico estaba templado por una

vocación contemplativa, por una elación mística, por un perenne fulgor trascendental, estamos capacitados para esperar un mañana que sea menos atormentado, menos sórdido que la vida europea, envenenada hoy por las pasiones destructoras que todos conocemos.

Dr. Armando Solano

Paipa, Boyacá, Colombia 1887-1953 Bogotá

REMEMBRANZA DE LA VILLA DE LEYVA

Una de las mejores y más efectivas maneras de conocer, evaluar y difundir los hechos históricos es, en cierta forma, la de atarearnos en la reminiscencia de la región, la ciudad o el sitio donde acaecieron; tratando a la par de apoderarnos, lo más totalmente que nos sea posible, de la peculiar atmósfera y el espíritu hechizante que guardan esos mismos lugares.

Por ello, permitidme que intente una acuarela verbal, íntima, sencilla y efusiva de esta antigua Ciudad de los Virreyes. Lástima grande que para ello no posea ni el bagaje de bellos arcaísmos del maestro Azorín, ni el sentido cromático, peculiar de la prosa ondulante y depurada de Rafael Azula Barrera, ni la enervante y galana manera literaria de José Umaña Bernal, ni tampoco el arte descriptivo, de encantadora ingenuidad prerrafaelita, de Eduardo Mendoza Varela. Los tres colombianos han escrito sobre esta Villa páginas definitivas, antológicas y perdurables.

Aquí, en esta antañona ciudad, tenemos el pretérito detenido, hierático, fosilizado delante de nuestros ojos: nos es

dado oírlo, verlo, sentirlo, olerlo y palparlo por doquier. Por eso encontrarse uno en la Villa de Leyva, equivale a estar sumergido en lo más profundo de la historia de la patria.

Esta es una ciudad-síntesis, representativa, simbólica; un encantado lugar que compendia y guarda milagrosamente las excelencias y las glorias de nuestro pasado. Esta noble Villa es un amplio y detallado documental de la colonia indoamericana y de la adolescencia de la República. Recorrer sus calles, contemplar sus portales, descifrar sus emblemas, leer sus epígrafes, mirar sus olivos y sus espadañas, respirar el incienso de sus iglesias y el aire frutal y recatado de sus casonas, equivale a exhumar y dar cuerpo y vivencia a cuatro siglos de vida nacional.

Don Juan de Castellanos, el Beneficiado de Tunja, en los plácidos y calmosos días coloniales, alzó en una esquina de la plaza mayor, alta morada con soportales de piedra. Cuando venía de Tunja, traía en sus alforjas los borradores de sus Elegías, y por las tardes, puesto en su balcón, iba hilando en la rueca de su memoria prodigiosa, épicas octavas noticiosas entre sorbo y sorbo de espumante y fragante chocolate, en tanto que la pila pública —la misma de hoy— vertía, borboteante, por sus cinco caños, el agua límpida y cantarina en el tazón labrado; y la torre señera de la Catedral, que recorta su severa silueta sobre el cerro, esparcía campanadas lentas, graves, penetrantes, profundas...

Este clima, de una sedante y singular tibieza, fue codiciado por los señores Virreyes para sus largos y placenteros veraneos. Todavía los podemos imaginar vívidamente, yendo en vocinglero cortejo por las calles. Allá pasa la señora Virreina con sus damas de compañía joviales y locuaces, vestidas de jubón de raso, el cabello suelto y guarnecido de lazos de seda, haciendo equilibrios desde sus altísimos chapines

sobre las piedras redondas y pulidas. El viento, lascivo y bribón, se divierte en henchir las anchas y pomposas polleras y los descomunales guardainfantes, y en esparcir luego un vago y sensual aroma... Detrás, avanzan, atentos, los galanes con la boca colmada de requiebros. Un trecho más, y aparece el grave señor Virrey, luciendo un fastuoso atavío y rodeado de gentiles hombres que visten casacas de piqué de seda con botones de plata, de puntillosos y altivos hidalgos, de caballeros de adusto continente que hacen sonar a su paso los espolines y la espada. En el aire se percibe un grato perfume cortesano.

En la noche, tras las ventanas enrejadas y las grandes puertas de roble con puntiagudos clavos y complicadas guarniciones de la casona improvisada de palacio (conocida hoy como Quinta del Virrey), en la intimidad del espacioso salón en donde la luz de las bujías se multiplica sobre la superficie de los grandes espejos, suenan deleitosas músicas, en tanto que los hombres maduros rememoran las aventuras de la reciente jornada de caza por los cerros vecinos, y las damas hacen guiños tras de los abanicos, o, derrochando donaires y galanterías, trenzan airosamente con los jóvenes complicadas y entretenidas pавanas y minués.

Años más tarde, la bella doña Luz de Obando confinada por orden del señor Virrey en esta Villa por causa de sus liviandades, reía y gozaba su infidelidad en la casona del Molino de la Mesopotamia, junto a su rendido amante el señor canónigo, Magistral don Andrés María Rosillo y Meruelo, quien la visitaba incógnita y frecuentemente.

Si fuéramos ahora y aplicáramos el oído atento a los muros de esa sobria sala que fue ágora para los próceres del Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, podremos oír todavía, nítidamente, el verbo romano de Ca-

milo Torres, el bien calificado “cerebro de la revolución”; la voz aleccionadora y prudente de Frutos Joaquín Gutiérrez, el “Demóstenes” del Nuevo Reino; la oración eficacísima de Joaquín Camacho, el jurisconsulto acucioso y diligente de aquellas memorables jornadas legislativas; o la palabra de don Andrés Ordoñez que se alzaba, prieta de ironía, ensayando una diatriba contra el sistema centralista de don Antonio Nariño. A todos nos es dado el privilegio de respirar allí ese mismo aire, denso de patriotismo y excitante de independencia y de soberanía que rodeó a aquellos fogosos diputados de la Primera República.

Y cuentan que algunas veces, entre la niebla de la madrugada, se oye cruzar impetuosamente al bravo Juan José Neira en su caballo negro, seguido por sus huestes huracanadas y devastadoras.

Como podemos observarlo, allí no ha cambiado nada. Las mismas nubes blancas bogando en el azul. La misma paz interminable y profunda. El mismo cielo purísimo y radiante. La ciudad es como un viejo álbum de fotografías de la patria de antaño, que el tiempo no ha sido capaz de desvanecer. Esta abundosa calma sólo la turban, de cuando en cuando, las campanadas finas y penetrantes de las iglesias que recuerdan la fe omnipotente que preside la vida de las gentes. Las torres encaladas son las gargantas de la ciudad. Sus viejas campanas cantan por la mañana y sollozan por la tarde.

Su sonido deja en nuestro espíritu una estela de amor y de melancolía. Si nos empináramos desde un promontorio circundante, veríamos pasar las monjas, de movimientos lentos y majestuosos, por las galerías de los silenciosos claustros. Unas, llevando en la cabeza toca blanca; otras, arrebujaadas en sus largos hábitos carmelitas y blancos. A lo lejos, columbraríamos la mancha gris de los olivos perennales. Las

casonas y los conventos tienen huertos sombríos poblados de granados, chirimoyos y naranjos. Los molinos de piedra limitan la ciudad, y en su indescifrable ronroneo van trituyendo y cerniendo el fino y rubio trigo que desde entonces viene siendo el mejor de todas las provincias. En la penumbra de los templos, los oros viejos de los retablos resaltan sobre las blanquísimas paredes. Cuando pasamos por las calles solitarias, es posible que alguna vez veamos muchachas esbeltas, delicadas, sugestivas, de ojos entre ceniza y verde como los olivos, que se asoman, ensimismadas, a un balcón; o que llegue a nuestros oídos el moscardeo armonioso, persistente, levísimo de los rezos o de las salmodias de un coro de monjas enclaustradas. Acaso nos topemos también con una de esas viejecitas vestidas de negro hasta el tobillo, que de pronto se paran llenas de cansancio y dando un fuerte y profundo suspiro balbucean: ¡Virgen del Carmen!, o quizás veamos regresar, caballero en una yegua de paso castellano, a un fino hidalgo que ha ido a visitar sus olivares o sus tierras paniegas. O bien, en una plazuela, hallemos un grupo de niños que juegan una ronda bajo la tupida bóveda vegetal de los arrerunes y de los conservos.

Quizás este embrujo, este misterio que flota en la Villa, fue el que decidió a don Antonio Nariño a escoger este remanso para sosegar sus dolores y rememorar sus muchas desventuras. Don Antonio poseía el espíritu y el cuerpo más andariegos de su tiempo, e igual que don Alonso el Bueno, entretuvo y consumió su triste vejez en pláticas con el barbero que sabía enjundiosos decires y picantes consejas lugareñas, en los baños termales, en cotidianos paseos en cabalgadura por los alrededores, o escuchando en la penumbra de las iglesias los latines y sermones del cura, o los Salmos y Vísperas cantados por las voces dulcísimas de las hijas de Santa Teresa;

cuando no, tratando de reparar su averiado paladar de eterno desterrado, con las delicadas golosinas batidas y adobadas por las manos blancas y gordezuelas de las monjas de los monasterios del Carmen y de San Agustín.

Entre unos muros derruidos por la mano del tiempo y la indolencia del hombre, de los que “sólo quedan memorias funerales, donde erraron ya sombras de alto ejemplo”- como dijera el poeta- el más osado de los héroes de toda la historia universal, el Capitán Antonio Ricaurte, fruto de una auténtica novela de amor protagonizada por sus padres, agitó aquí el aire suave con sus primeros vagidos, antes de hacer de su cuerpo la tea de la Independencia en aquella explosión de San Mateo que borró la tiniebla del vasallaje ibérico. Y, parafraseando al soldado-letrado de Lepanto, allí sí fue cierto que se llevó a cabo la más grande hazaña que vieron los siglos pasados, y la que por lo descomunal y portentosa, ya no esperan ver los siglos venideros.

Las casonas de la Villa son de genuina arquitectura española: espaciosas, severas, taciturnas y frías como el alma ensimismada del rey Felipe II. De las ocre carroñas de las manzanas se levanta un vaho de intensa melancolía por lo que fue y ya no existe, de suave saudade por la mansa y tranquila vida colonial. Allí todo conserva el olor de su siglo: olor de Siglo de Oro. Por todas partes el espíritu de la raza española alienta todavía, y el que tiene la suerte de visitar la histórica ciudad se huela y se recrea en la bienhechora contemplación de las cosas antiguas.

Vicente Landínez Castro

Villa de Leyva, Boyacá, Colombia 1922
Duitama, Boyacá, Colombia, 28 sept - 2013

TUNJA, ESCENARIO DE LA LIBERTAD

Nos acontece a los boyacenses una tan feliz como singular circunstancia, de poderoso influjo en la formación de nuestra psicología colectiva: cuando abrimos los ojos a la luz nuestras pupilas resplandecen con la visión del escenario libertador. Nuestros padres y maestros, para enseñarnos la historia, disfrutaban del más rico material audio-visual, como se diría en términos pedagógicos. Les basta tan solo señalar a cualquier lado de nuestro contorno para tropezar con los sitios de un episodio glorioso, de un suceso ilustre, de una hazaña inmortal. Y esto se nos clava en la sangre y nos acompañará fielmente hasta el final de nuestra carne perecedera.

En el caso concreto de Tunja, encontramos que fue la sede de la única cultura precolombina digna de este nombre que encontraron los españoles en nuestro actual territorio. La llegada de los conquistadores coincidió con las vísperas de la gran federación tribal entre los dos grupos chibchas regidos respectivamente por el Zipa de Bacatá y el Zaque de Hunza, y frustró por lo tanto una civilización que se encontraba en pleno proceso de desarrollo, la cual,

por su ubicación mediterránea, no había podido llegar todavía al esplendor de las situadas al norte y al sur de nuestro continente indoamericano: la maya, la azteca, la inca. Pero no hay duda de que habría llegado a ser, andando el tiempo, par de aquellas.

Dentro de los linderos de Tunja se hallaba el cercado del Zaque; allí se encuentran los cojines de piedra donde los indígenas ofrendaban al Sol su sangriento holocausto, y el Pozo de Donato donde, según la leyenda, arrojaron su oro para impedir que cayera en poder de los invasores.

Fue en Tunja donde el Beneficiado don Juan de Castellanos escribió sus millares de octavas reales, vivo e ingenuo pero trascendental testimonio de la hazaña conquistadora, y fue en esta ciudad también donde la monja Josefa del Castillo y Guevara, en el silencio de su celda, dio lustre a la mística española. Y donde se mecía la cuna del más iluminado de los cantores de la bandera nacional.

El Cabildo de Tunja fue uno de los que con mayor arrogancia mantuvo erguida la tradición nobilísima de libertad y autonomía del municipio castellano, trasladado a América por la legislación de Indias. Ya en el año de 1592 expresó su altanera protesta contra la imposición del más odioso y aberrante de los tributos coloniales: la alcabala. Antes todavía que en Quito, resonó en estas tierras el grito angustiado de América contra las trabas ingeniosamente ideadas por la monarquía peninsular, para estancar las tendencias expansivas de la naciente economía criolla.

Cómo sería de arriscada la conducta del ayuntamiento tunjano, que el propio Presidente, don Antonio González, hubo de trasladarse de Santafé a esta villa para persuadir a su cabildo que cambiara de actitud en homenaje a la in-

tangibilidad de los atributos reales. Esta voz de Tunja, repercutiendo sobre los collados andinos, se me antoja precursora auténtica de la otra que resonara doscientos años más tarde sobre el puente célebre. En la historia como en la biología, no existe la generación espontánea.

Generosamente, con hidalga largueza, aportó Tunja su estímulo a los bravos comuneros de Oiba, San Gil y El Socorro que marchaban aceleradamente a Santa Fe, bien lejos dé imaginarse que su cándida ingenuidad campesina iba a ser profanada por la perfidia de cierto clérigo que, por sutil paradoja, dejó su nombre enredado en la más irritante felonía al mismo tiempo que en la más grande empresa cultural.

Aquí se reunió el primer congreso de la Nueva Granada y escuchó las palabras con que su Presidente, don Camilo Torres, se refirió con genial clarividencia al joven militar venezolano que había venido a dar cuenta del desastre: “Sois un militar desgraciado pero sois un grande hombre; la patria no muere mientras exista vuestra espada”. Por el patriótico aporte de sus hijos fue llamada por el mismo Libertador “Taller de la libertad”. Y, finalmente, dentro de los términos de su comprensión municipal, discurre el riachuelo “Teatinos”, cruzado por el famoso puente, escenario de la batalla que en la tarde del 7 de agosto de 1819 selló la independencia de América y bautizó con el nombre de Boyacá a esta comarca de la patria. Aquí, pues, como en la frase del pensador latino, “cada piedra es sagrada como una tumba y cada puñado de polvo ha sido dorado por un rayo de gloria”.

Deliberadamente he dejado para lo último el comentario sobre la Declaración de Independencia de la Provincia de Tunja, el 10 de diciembre de 1813. En este documento po-

lítico —que ignoro por qué motivos no ha tenido la divulgación ni la interpretación que merece—, Tunja expresó la conciencia y la subconciencia de América.

La conciencia, porque estructurada en una prosa de resonancias cervantinas, se hace en él la más acerba crítica de la política económica realizada por España en Las Indias. Además del análisis penetrante e implacable de la economía colonial, se consagran amargas reflexiones en torno de la conducta administrativa, judicial y hasta cultural del gobierno español.

La subconciencia americana está también subsumida en el contenido de esta declaración. A vuelta de poner reverentemente por testigo “al Ser Supremo de la rectitud de sus intenciones, que sólo se dirigen al bien de la sociedad”, y de declarar “a la faz del Universo que no reconocen ninguna subordinación al Gobierno de la Península, bien sea al que se ha establecido hoy con el nombre de Cortes y Regencia o cualquier otro que se establezca en la sucesión de los siglos”, y que sólo reconocen y obedecen al gobierno que la misma provincia libremente se ha dado, los cabildantes tunjanos estampan para la eternidad esta frase estelar:

“No por esto se opone —la Providencia de Tunja— a la mayor extensión que se pueda dar al sistema social de la América, según dicte el interés universal, con el fin de evitar los desórdenes que ha producido en el antiguo mundo la absoluta separación de los gobiernos”.

En esta sencilla cláusula se encuentra intuida genialmente “la conciencia unívoca de América”. Aquello que las pupilas bolivarianas vieron con estupenda diafanidad: la liga anfictionica americana, el Congreso de Panamá, el

sistema de integración continental. Y lo que hoy ratifican las conferencias panamericanas: la organización de los estados americanos, pórtico de la organización mundial de las naciones.

Profundamente grato es para mi espíritu que en mi ciudad natal —la noble villa fundada por don Gonzalo Suárez Rendón y la misma cuyo ámbito fue estremecido por el galope de los corceles libertadores—, un grupo de patrios provincianos hubiese intuido desde 1813 el principio de la solidaridad americana frente al caos europeo, y que por ese principio normativamente jurasen hace 149 años, “derramar, si fuere necesario en su defensa, la última gota de su sangre”.

Gonzalo Vargas Rubiano
Tunja, Boyacá, Colombia

HOMENAJE AL DÍA DEL IDIOMA

TEOGONÍA CHIBCHA

Sonidos primigenios

En el principio el negro espacio.
Chiminigagua el sólo espíritu
y cuatro inmensas aves negras
fueron creadas por sí mismo.
En cruz volaron a los cuatro
vientos con hálito divino
y van regando los espacios
con luz dorada por sus picos.
El canto es luz. El verbo es mágico
Puebla del cosmos los abismos.
¡Y el sol, la luna, las estrellas,
eran creaturas de sus gritos!
Así la muisca gente canta
sus teogonías y sus mitos.
¡Oíd, al son de mi ocarina
renacen los dioses terrígenos!
¡Son la raíz de nuestra sangre,
de nuestra música los ritmos.
Así el pasado y el futuro
en mi cantar cierran su anillo.

Aguas genitoras

El viento en la frente,
la estrella en el agua,
sobre sacras piedras
éxtasis de ranas.
Jeques y mohanes,
silentes ancianas,
vírgenes, guerreros
de la chibcha raza,
oíd la leyenda
de Bachué matriarca:
Su limpio Lavaque
ya brota del agua.
A son de ocarina
viene Goranchacha
y Fonsaque diestro
pregona y proclama
el advenimiento
del nuevo monarca.
Bochica legisla,
hila, pinta, canta,
modela en arcilla
y adiestra en cerámica.
No dice mi lengua
de guerras ni lágrimas:
¿Lo que grita el viento
con honda nostalgia
por qué repetirlo
si nadie lo iguala?
¡El viento en la frente,
la estrella en el agua,
sobre sacras piedras
éxtasis de ranas!

Tierra sagrada

Tunja, la musical
hija del viento,
roja y blanca de arcillas,
abrevas lentas aguas
en tu mítica fuente
y en cántaros antiguos
tus gentes ocultaron
el rústico licor
de tu alegría.
Un metálico sol,
un son dorado,
vuela de tus bohíos.
Gentes nuevas
de asiático galope
y de ritmo africano
y altiva lengua llegan...
Con mi santa ocarina
convocaré las sombras
de tus arcaicas gentes:
Al mágico llamado
ya regresan Bachué
la primigenia madre,
nebuloso Lavaque,
su prolífico vástago,
y azul Bochica
de celeste origen.
¡Mirad la sombra poderosa
del Zaque adusto,
fue Quemuenchatocha!
Y Aquimín el postrero
del pueblo muisca
rey sacrificado!

Espadañas

De España la guerrera,
rica en cruces y espadas
y resonancias épicas,
ya llega el germen nuevo
que poblará de espigas
la femenina tierra
y de albas, cantarinas espadañas.
Este, de principal ceño lejano,
Suárez Rendón de malagueña estirpe,
trajo con sus corceles y blasones
el alma castellana y levantina.
Oíd la legendaria poesía
que un coro de progenies
australes, nórdicas, terrígenas,
urden sus venas y sus lenguas
en sonora red, donde las aves
milagrosas del trópico se mezclan
con águilas heráldicas y halcones.
Clara voz de ocarina,
viento de Hunza. . .

Campanas de Tunja

Han sido convocados ya los mitos
y los abanderados de la historia.
Mestiza y musical, Tunja levanta
sus campanas, sus himnos
y arraiga el árbol de su voz profunda
en las arcillas rojas y doradas
en torno al mito de sus fuentes sacras...

Enrique Medina Flórez

Tunja, Boyacá, Colombia - 1923

Tunja, Boyacá, Colombia – 2013

ESTUDIANDO

En la sala anatómica desierta,
desnudo y casto de belleza rara,
el cuerpo yace de la virgen muerta,
como Venus tendida sobre el ara.
Lánguido apoya la gentil cabeza
del duro mármol en la plancha lisa,
entreabiertos los ojos con tristeza,
en los labios cuajada una sonrisa.
Y desprendida de la sien severa,
del hombro haciendo torneado lecho,
viene a cubrir la suelta cabellera
las ya rígidas combas de su pecho.
Más que muerta dormida me parece;
pero hay en ella contracción de frío;
es que al morir el cuerpo se estremece
cuando siente el contacto del vacío.
Mas yo que he sido de la ciencia avaro,
que busco siempre la verdad desnuda,
a estudiar aquel libro me preparo,
interrogando a la materia muda.

Al cadáver me acerco: en la mejilla
brilla y tiembla una lágrima luciente;
¡un cadáver que llora!... mi cuchilla
no romperá su corazón doliente.
Del estudio me olvido, y me conmueve
tanto esa gota silenciosa y yerta,
que los raudales de mi llanto en breve
se juntan con el llanto de la muerta.

Joaquín González Camargo

Sogamoso, Boyacá, Colombia, 1865

Zipaquirá, Cundinamarca, 1886

BIBLIOGRAFÍA

C. Pérez Bustamante, *Historia de la Literatura Universal*, Ed. Atlas, Madrid, 3ra. Edic., Madrid, 1947.

H. Claudio Marcos, *Nociones de Literatura Universal*, Ed. Bedout, 3ra. Edic., Medellín, 1959.

José A. Núñez Segura, *Literatura Colombiana*, Ed. Bedout, 10a. Edic., Medellín, 1967.

Miguel de Cervantes Saavedra, *Don Quijote de la Mancha. Primera parte*, Ed. Bruguera, Barcelona, España, 1974.

Vicente Landínez Castro, *El Lector Boyacense*, Ed. La Rana y el Águila, 2T., Tunja, 1979 - 1980 T.II.

Se terminó de imprimir esta obra, con un tiraje inicial de 200 ejemplares, en Parnaso Casa Editorial, en la ciudad de Tunja, el día 23 de Abril de 2015.

parnasocasaeditorial@hotmail.com



Seque rempor magnististi aute que exceaquat magnis est, totam se pellupt atalemp oreptatur? Qui berum fuga et aliaesequia volor aut laudi nest pa enihillatam volui voluptur, quamus autet erum faccum dolut explaut dis qum vella quid eosanti onseque nectem dolo moluptae la dis est, officiae solor modis rem eati re, nonemquas nim es re comnis magnisit la solupta que et pra comnis aceaquo beaquibus, ut dolorro ritaepe rchituriit as solum vereperspel molupta tibus, idellis untium re etum nonsend uciunti onsenis et veniet et fuga. Xerepero expliquatet alite vellece pressequi as reptas erum etur, corem quibusc imosam ex et re, exernam sit ut as accaborere dipsum reperio ruptatiunte erovit, tem nis non net volorer sperum natus reseque rem id qui ut et dolupta fiatia pre plauta sitisquatium que ipsam iunti untis si iliquib eaquos minum sed maximus quassus dolorehentin re sini blaborio. Imus consediciet accumquam, con non rehenti aectia ipsa nusdaessum sum fugitatur sim alignitas sim nossequi quatecabore cum ipsandae volessimi, iniandusae nobis nus reic tem non et odio. Vendus.

Xerepero expliquatet alite vellece pressequi as reptas erum etur, corem quibusc imosam ex et re, exernam sit ut as accaborere dipsum reperio ruptatiunte erovit, tem nis non net volorer sperum natus reseque rem id qui ut et dolupta fiatia pre plauta sitisquatium que ipsam iunti untis si iliquib eaquos minum sed maximus quassus dolorehentin re sini blaborio. Imus consediciet acc